



«Mujeres arreglándose». Cuadro de José Gutiérrez Solana

## El XV Salón de Otoño.

**H**AY una responsabilidad del nombre, como la hay de la cosa. La cosa—el hombre inclusive—es también—y muchas veces principalmente—como se llama, y por llamarse de una manera determinada su etiología influye en el destino. Porque a toda causa corresponde un efecto.

Bella es la palabra otoño, como el otoño mismo. Pero implica agonía y muerte. Bajo su signo se viven las postreras horas de una existencia. Es la antesala de la muerte y lo aman los que se resignan a morir. Es entonces cuando los hombres discretos buscan un buen gesto final, un *bel morir*. Pero ese gesto no es bello si lo hacen los jóvenes. El gesto juvenil corresponde a la vida y ha de acogerse al patronato de la primavera. El destino del joven es la vida: el verano, la plenitud, el esfuerzo, el buen ánimo.

En un Salón de Otoño no quisiéramos ver incluidos a los jóvenes. Debieran defenderse contra las influencias y las responsabilidades de una palabra decadente. El decadentismo en arte es una bella postura si honra toda una vida. Ha de estimarse tal al otoño mismo, como la decadencia del verano. Ese Salón debiera estar destinado al homenaje de los triunfadores, y no pretender consolar, como al parecer intenta noblemente la Asociación de Pintores y Escultores, a una juventud contenida a las puertas de las Exposiciones oficiales que se organizan, paradójicamente, en primavera. A estos Salones sin oficialidad debiera llamárseles de otro modo, obligarlos a llevar otra etiología más animosa y combativa. Por ejemplo: Salones de independientes, de rebeldes, de ensayos, de incomprendidos.

Y no serían entonces, como ahora el de Otoño, el espectáculo de una juventud que discurre melancólicamente ante un público escaso y distraído, en una atmósfera también tocada de una gracia en poniente, según el color de la decoración y del nombre. La palabra «retiro» conjuga bien con el vocablo «otoño».

Todo esto se dice sin eludir la misión de la crítica. Por el contrario, creemos haber hecho la mejor correspondiente a este concurso de arte. Lo estimable y hasta lo admirable allí no ha quedado en silencio. Es lo bueno lo que nos produce tristeza; lo bueno en un Salón de juventud sin acometividad, sin inquietud, sin ánimo combativo. Y cuando se da un caso de rebeldía y optimismo, peor. Se queda como estático y acoquinado entre la gravedad, las maneras ilustres, autumnales y académicas. Dan, los jóvenes más recios, la sensación de «aprendices de viejo» bajo el aluvión de la sabiduría que dogmatiza en torno. Con frecuencia, a los artistas jóvenes se les descubre o se les sospecha un propósito imitativo al encontrar al lado suyo una referencia pedagógica que parece aplaudir la aplicación del discípulo: ese aplauso que más parece sonrisa de maestro petulante, incapaz de temer una

competencia y una rebeldía juveniles. Los maestros, en el Salón de Otoño, parecen como si dijese: «Muy bien, muy bien; pero por ahí no empecé yo. Yo empecé por la inquietud y la desobediencia. Tú heredarás mi otoño, pero no mi primavera.»

Y no es así en muchos casos. Estos primeros pasos de una Marisa Pinazo, de un Vázquez Aggerholm, no pueden denunciarse como lecciones aprendidas. Si acaso, infiltradas o exaltadas. Tomamos estos dos ejemplos por corresponder a dos hijos de pintores ilustres—uno, muerto; otro, activo: don José Pinazo y Martínez, y don Daniel Vázquez Díaz—, de quienes no se puede decir que siguen la simple manera doctrinal de sus padres. Si los recuerdan en sus obras, no es por la lección o por la imitación, sino por cierto «aire de familia» que en arte se llama temperamento y, en última instancia, escuela. Tienen la misma inquietud de raza, como un día la tuvieron los «familiares» Velázquez y Carreño, Madrazo y Vicente López. Pero nada más. Lejos de ser Marisa Pinazo como don José Pinazo y Martínez, y Rafael Vázquez Aggerholm como don Daniel Vázquez Díaz, debemos considerar que Vázquez Díaz y Pinazo Martínez serían hoy, si hoy empezaran a pintar, como son pintores sus hijos.

En Marisa Pinazo el «aire de familia» ha tomado unos rumbos de gran modernidad, con los que da a lo simplemente levantino—color, disposición, plástica—un movimiento y una elocuencia universales y dinámicos. Aprieta sin demorarse y «deja» en el lienzo una inquietud que señala el paso por la vida del arte de una generación rebelde a permanecer en el pasado.

Vázquez Aggerholm sólo—como Marisa Pinazo—presenta un cuadro, pero reducido a las proporciones estéticas del boceto. Y es bastante. Hizo bien en no aspirar a más por ahora. Todo en esa pintura—*Domingo en Valldemora*—es temperamento; es un querer hacer sin terminar, porque no merece la pena de terminar lo que se hace jugando. El propio asunto—una danza—marca el tono a la técnica. En la danza, cuando es popular, al aire libre del domingo, los danzarines no persiguen hacer las cosas definitivamente—para el aplauso—; sino danzar por la alegría de moverse y de animar la gracia del domingo; de fundirse en su atmósfera de fiesta y de salud. Así es cómo en esta pintura el aire y el ritmo, la luz y las personas, se disputan el total interés de la belleza en una confusión de inconsciencia y de gracia. Gracia de día de fiesta—fiesta de juventud—, de la que, como del cuadro, sólo queda un recuerdo fugaz, grato a la memoria de un mañana sereno.

Estamos en la Sala II. Aquí se han dado cita los mayores afanes, verdaderamente juveniles, del Salón de Otoño. Como un afán de éstos se debe señalar el muy consciente—;demasiado consciente?—de José E. Martínez Gil, triunfante en dos pinturas: *Estudio* y *Retrato*. Demasiado consciente, porque es pronto, a mi ver, una madurez anticipada. Todo está hecho en la obra de Martínez Gil, sobre todo en *Retrato*, y hace creer que tanta paciencia aprovechada no dará más de sí que una repetición a lo largo de la vida. En *Retrato* se han resuelto demasiadas cosas para sólo eso: un retrato. Sin embargo, no es «antigua» una obra tan paciente. La maestría en este caso se ha instalado en una novedad que no proviene de la técnica. Es nuevo «a pesar» de sus antecedentes ilustres. Pudiera decirse que es el principio de una eternidad.



«Forma». Escultura de Mateo Inurría.



«Retrato», por José E. Martínez Gil.

(Fots. Cortés)